

cio con que deben mirar su certidumbre. Y así explica dicha proposicion y todas las demas que se siguen, y las da el verdadero sentido por medio de aquellos versos que las terminan en la undécima noche hácia el fin, y empiezan así:

¡Mas no, nuestras blasfemias retractemos! &c.

Pues en estos versos asegura y prueba con la falsedad de los supuestos antecedentes, la inmortalidad de nuestras almas.

Me parece que seria prolixidad el extenderse mas en un asunto tan claro.

DECIMA NOCHE.

LA INMORTALIDAD. PRUEBAS MORALES.

¿Has muerto, ilustre Pope, totalmente?
 Tú que del cielo ingenio recibiste
 Tal, que á qualquiera eternizar pudiste,
 ¿Has dexado de ser enteramente?
 No. Tú vives.—Te doy la enhorabuena
 De que has pasado ya á la opuesta orilla;
 No me despido, no, que brevemente
 Ha de volver á unirnos la cuchilla
 De la parca. Saldé de esta terrena
 Triste esfera del sol, llegará el dia
 De ir á gozar tu dulce compañía
 Para siempre, en el clima venturoso
 En que brilla otro sol mas luminoso.
 No hace otra cosa el hombre que abismarse
 En la muerte, y volver á levantarse
 Al momento inmortal. ¿La sepultura
 Qué es si no subterránea senda obscura
 Que á una perpetua dicha le conduce?
 Su historia está en dos partes dividida,
 Pero muy desiguales; la primera

Es esta breve y engañosa vida,
 Que es como el frontispicio, y le introduce
 A la segunda eterna y verdadera.
 “ Yo (blasfema el impío) en esta esfera
 Terrestre, no veo mas que una indecible
 Muchedumbre de espectros, que á millares
 De una hora en el espacio imperceptible
 Se mudan, qual las olas de los mares :
 Obras insubsistentes que produce
 El capricho de un Dios, con un ligero
 Soplo, y que el mismo Dios con otro fiero
 Soplo, á la nada sin piedad reduce :
 No son mas que una serie miserable
 De entes sin duracion, que con estruendo
 El torrente del tiempo formidable
 Arrastra hácia el abismo de la nada.”
 ¡Mas cómo! ¡en la corriente apresurada
 Que á este abismo tremendo
 Nos lleva, no ha de hallarse alguna roca,
 A la que el hombre asido,
 Pueda hacer una poca
 Pausa, y entre las aguas que oprimido
 Le tienen, respirar un breve instante,
 Dar desde allí una ojeada penetrante
 A su futura suerte, y engreirse
 Con la audaz esperanza
 De que nació inmortal, y ha de seguirse
 Tras de aquella tormenta la bonanza?

¡En medio del naufragio continuado
 De tanto ser precioso,
 No ha de haber algun ser mas poderoso,
 Cuyo trono elevado
 En medio de las olas del profundo
 Y fiero mar, de apoyo sirva al mundo :
 Que como un alto faro luminoso
 Domine su extension, y á sus perdidos
 Dispersos hijos, en la noche obscura
 Les señale el asilo, la segura
 Costa, á que han de acudir todos unidos,
 A gozar en su angusta compañía,
 De una perfecta dicha y alegría?
 ¡Algun ser por ventura no subsiste,
 De quien dimane todo lo que existe,
 Que sea el solo nudo
 De quien la realidad toda dependa?
 ¡Y este divino ser que tanto pudo,
 Que los demas produjo de la nada,
 Será dable que en la hora señalada
 Por su bondad, no extienda
 El poderoso brazo, y los liberte
 De las sangrientas garras de la muerte?
 ¡No mandará al sepulcro que al momento
 Su presa restituya :
 A la tierra y al húmedo elemento
 Que den tambien la suya,
 Y entreguen el depósito escondido

De las generaciones, que confiado
 Fué por un tiempo breve á su cuidado?
 Supuesto que el impío no haga cuenta
 De la naturaleza endurecido,
 Y que en tal grado el infeliz se ciegue,
 Que á lo que ve mas claro le fe niegue,
 ¿Se podrá resistir á lo que siente?
 Si es tanta la torpeza de su oido,
 Que á entender al Criador le inhabilite,
 Quando por medio de las criaturas
 Le habla, atienda siquiera á su conciencia,
 Que las mismas lecciones le repite.
 Mírese y lea dentro de su pecho ;
 En él verá grabadas las seguras
 Pruebas de que es eterna su existencia.
 Allí reside el juez, que á su despecho
 Su error condena. La naturaleza
 A sus hijos no engaña ;
 No es dable que cometa la vileza
 De imprimir en el hombre tal patraña,
 Que á el hombre induzca á error, ántes severa,
 Siempre en desengañarle es la primera.
 Conduce tu rebaño á un prado ameno ;
 Mira qual pace, de pesar ageno,
 Respirando la paz y la alegría.
 La paz ¡ay triste! que jamas consigue
 El mismo dueño que á pacer lo guia.
 A este un fastidio eterno le persigue

Como á los demas hombres: sin que quede
 Uno solo exceptuado del tormento.
 Con igual sentimiento
 Se quejan de su suerte desgraciada,
 El pastor y el Monarca; así sucede
 Que en cabaña ó en trono
 Ambos suspiran por el mismo tono.
 ¿ Y qué diferencia hay tan extremada
 Entre los dos! El uno el mar encierra
 Entre vastas provincias de su imperio;
 No posee el otro en todo el hemisferio
 Mas que una mal formada
 Choz de paja y tierra,
 Que apenas le da abrigo
 En el desierto campo quando llueve,
 O siembra el aquilon copos de nieve.
 ¿ Creeré que ha sido Dios mas generoso
 Con mis propias ovejas que conmigo?
 No lo debo pensar; blasfemaria.
 Este fastidio universal que siento,
 Cuyo peso horroroso
 Oprime el alma mia,
 No es mas que el interior conocimiento
 De mi inmortalidad; es el gemido
 De la naturaleza que está fuera
 De su centro, y anhela el escondido
 Bien en que está su dicha verdadera.
 Está en efecto el hombre destinado

A ser atormentado noblemente,
 Por su misma grandeza
 Hasta morir; ó bien ciña su frente
 Diadema real, ó bien en su cayado
 Cifre todos sus bienes la pobreza.
 Su paciencia, su hastío imponderable,
 De su ser le demuestran la nobleza;
 Le da á entender su suerte miserable,
 Que nació para ser mas venturoso.
 Esta no es nuestra patria, es un penoso
 Extrangero desierto en que viajamos,
 Y al paso disfrutamos
 De la naturaleza un alimento escaso
 —Con el qual nó nos saciamos.
 En vano tira el hombre peregrino
 A no dexar deleyte en su camino
 Que no logre, se queda siempre hambriento
 En medio de su estéril abundancia,
 Pues nace de cada uno un increíble
 Número de deseos, imposible
 De conseguir que apura su constancia,
 Así, quando subir ya no podrémos,
 Antes que estarnos quietos baxarémos;
 Como se vió en el dueño del Romano*
 Imperio, que cansado dió de mano
 Al gobierno del mundo, y fué á ocultarse

* Este fué Tiberio.

En Caprea por poder encenagarse
 Sin estorbo en deleytes los mas feos.
 La ambicion fué la que desesperada
 De poder ya dar pasto á sus deseos,
 Le hizo hacer esta torpe retirada.
 Dios, con oculta fuerza incontrastable,
 Impele los humanos corazones
 A anhelar lo futuro.
 La esperanza incansable,
 Vuela siempre con alas extendidas
 Tras todo objeto, cuyas perfecciones
 A sus ojos agradan. Mas de apuro
 Nunca sale. Insaciable,
 Le fastidian las cosas ya adquiridas,
 Y suspira por otras, obligando
 Al hombre á que imprudente, sacrifique
 El bien que está gozando,
 Y á un tiempo su reposo
 Por otro bien fantástico ó dudoso,
 Que logrado igualmente se irá á pique.
 Debaxo de sus pies huella impaciente,
 Todos los beneficios del presente
 Tiempo; destruye, acaba de mil modos,
 Apénas nacen los placeres todos.
 Sin cesar nos inquieta y atormenta,
 Casi como pudiera la sangrienta
 Desesperacion misma. ¿ Por qué el gozo
 Del bien que ya poseo

Me satisface ménos que el deseo !
 ¡ Por qué este ha de causar mas alborozo
 En mí que el disfrutar de una corona ;
 Y por qué el mismo objeto que aficiona
 Mi corazon, sepulta desde luego
 Todo mi gusto si á lograrlo llego ?
 ¡ Ah ! Sin duda el Excelso, que en el mundo
 No nos dexa otro bien que la esperanza,
 Otros bienes mayores nos afianza
 Para adelante en suelo mas fecundo ;
 Y una fuerza indecible,
 Arrastra al hombre al término invisible
 Por el Criador fixado,
 Sin dexarle un instante sosegado.
 Voy ahora á introducirte mas adentro
 De tu alma. En esta vida, (a)
 Nuestras potencias fuera de su centro,
 Dan una escasa luz amortecida,
 Bien inferior al resplandor brillante
 Que en ellas cabe. Mira quan distante
 En esta parte la razon humana
 Se halla del ciego instinto de los brutos.
 Aquella perceptible,
 Cada instante infinitamente gana ;
 Este al contrario, está rápidamente
 Perfeccionado, y da todos los frutos,
 De que su pequeñez es susceptible.
 La razon á su fin va lentamente ;

Mas se arroja el instinto, y á carrera
 Del que le corresponde se apodera.
 Llega todo animal en pocos dias,
 Al término á su especie señalado ;
 Recibe aquellas cortas mejorías
 Posibles, y ya llena
 La medida del bien, á que se ordena
 Su ser, se para ; y en aquel estado,
 Inmóvil para siempre persevera.
 Aunque siglos viviera,
 No adquiriria el mas pequeño aumento,
 En sus noticias y conocimiento.
 Sin variedad en él se notarian
 Siempre unos mismos actos repetidos.
 De su gozo y deseo los ceñidos
 Círculos, nunca un punto crecerian.
 Muy al contrario el hombre, aunque viviese
 Del astro que le alumbrá las edades,
 No dexaria de aprender verdades
 Nuevas, y quando el término viniese
 De su vida, aun el último momento
 Le encontraria de saber hambriento.
 Nuestras inclinaciones naturales,
 Como nuestras potencias, reprimida
 Tienen toda su fuerza en esta vida :
 Conocen que á este cuerpo delicado
 Le serian sus ímpetus mortales.
 Con todo aun es á veces demasiado

Su ardor, en arrojarse á los objetos
 Vanos que se presentan á su vista ;
 Mas nunca la conquista
 De semejantes bagateles puede
 Emplear su actividad, tener sujetos
 Sus esfuerzos, y su ímpetu fogoso
 Moderar, de manera que se quede
 Todo en justo equilibrio y en reposo.
 Siempre tienen de sobra
 Nuestras inclinaciones una inmensa
 Fuerza, que en este mundo jamas obra.
 Esta fuerza suspensa,
 No las dexa tranquilas un momento.
 Su incesante inquietud y movimiento
 La vida humana agitan,
 Y tormentas continuas excitan ;
 Su hambre desbastadora,
 En un instante sin tomar áliento,
 Estos frutos insípidos devora,
 Que en sus inmediaciones de la tierra.
 Para hallar otros nuevos, va corriendo
 El ámbito que encierra,
 Y todo quanto encuentra destruyendo.
 Desprecia el ambicioso
 La grandeza lograda,
 Y con lástima mira su pasada
 Gloria, que compró á expensas del reposo.
 Tal César, siendo ya del mundo dueño,

“ ; Por esto hice (exclamó) tan fuerte empeño ! ”
 Quando nuestra alma de entusiasmo llena,
 Su mérito admirando se enardece,
 Breve un entero siglo la parece
 Para gozar la estimacion agena.
 No nos basta que seamos alabados
 De nuestros coetáneos ; obstinados
 Queremos que los siglos venideros
 Repitan sus aplausos lisonjeros.
 Un escondido instinto indestruible,
 Nos hace interesar en lo futuro
 A pesar nuestro. Dentro del obscuro
 Retiro de nuestra alma, con sensible
 Complacencia percibe nuestro oido,
 De nuestro nombre el eco repetido
 Por la posteridad con nueva gloria,
 Capaz de hacer eterna su memoria.
 Esta feliz noticia celebrando,
 Seguimos nuestra imágen conducida
 Por la fama, y con gozo atravesando
 Por la serie extendida
 De las generaciones venideras,
 No contentos de ver que á las postreras
 Nuestro nombre ha llegado,
 Quisiéramos al verla concluida,
 Sobrevivir á todo lo criado.
 ¿ Soñaríamos tanto en la futura
 Inmortalidad nuestra, si una dura

Suerte á dexas de ser nos destinase?
 Ciegos, es cierto, erramos en la clase
 De la inmortalidad que deseamos,
 Pues debiendo buscar la verdadera
 De nuestro ser total, nos lisonjemos
 Con una sombra poco duradera,
 Que apénas alcanzamos con la mano,
 Quando dexa nuestra alma fastidiada,
 Y cuyo ser imaginario y vano,
 A nuestra vista se convierte en nada.
 Mas aunque siempre vemos
 Frustrarse nuestro intento, y disgustados
 Miramos los objetos que ofrecian
 Saciarnos nuestra ambicion; nunca podemos
 Arrancar sus deseos, que se crian
 En nuestros corazones arraigados:
 En ellos los plantó naturaleza,
 Para otros fines de mayor nobleza,
 Y en ellos los conserva á pesar nuestro. (b)
 El hombre por mas fuerte y por mas diestro
 Que sea, nunca logrará pararse:
 Seguirá sin cesar en remontarse.
 Una fuerza interior, irresistible,
 Un elástico muelle, que invisible
 Nunca afloxa, le impelen hácia arriba,
 Y siempre harán lo mismo miéntras viva;
 Aunque sus dones todos la fortuna
 Sobre su alma desplome, no la oprime.

Sin detencion alguna,
 Con fuerte reaccion se desenvuelve,
 Y su propio lugar á ocupar vuelve.
 Aun el villano que en pobreza gime,
 La misma ambicion tiene que un Monarca;
 Y hasta aquel infeliz que la vil marca
 De esclavo lleva en la abatida frente,
 Tiene tanta altivez como el potente
 Sultan sobre su trono.
 Exclama en su interior con tanto entono
 Como aquel Rey Asirio: “; deteneos!
 ; Admirad mi poder; ved sus trofeos!”
 De esa altivez la causa es el interno
 Eco, que le repite que es eterno
 Su ser, como el del bárbaro tirano,
 Que en sus cadenas le contempla ufano.
 Fuera imposible que una alma estuviese
 Quieta, sin aspirar á la grandeza
 Que á su ser corresponde. Si no hubiese
 Una grandeza real, se fingiria
 Una á su antojo, y á ella con presteza
 El vuelo interrumpido seguiria.
 La propia estimacion es la primera
 Inclination del hombre. Si encargado
 Dexó Dios al deleyte del cuidado
 De conservar su débil cuerpo en vida,
 Mandó á la propia estimacion, que fuera
 La que de la alma humana protegiese

La gloria, y por el mundo la extendiese.
 Esta inclinacion es la que lucida,
 Nuestra mansion adorna en todas partes
 La que inventa las artes,
 Aviva los talentos,
 Convierte nuestras obras en portentos,
 Y la corta ventura perfecciona,
 Que esta esfera terrestre proporciona.
 Todo quanto se ve de prodigioso,
 De delicado ó grande, en la extendida
 Humana sociedad, es obra suya.
 En quanto que la turba mal sufrida
 De las necesidades, y el mañoso
 Deseo de una vida acomodada,
 La ayudan con su fuerza á que construya
 Sus obras, los cimientos colocando,
 Segun su mismo plan, ó restaurando
 Lo que el tiempo destruye, ella ilustrada,
 Como Arquitecto todo lo dirige,
 Lo adorna y lo concluye, qual exige
 La gloria de nuestra alma. ¡Y qué no debe
 Aun la virtud á su eficaz influxo!
 Ella la aviva con la oculta espuela
 De una emulacion noble; hace que lleve
 El bien moral tan nuevos condimentos
 Que á los hombres agrada: ella introduxo
 En otros tiempos la famosa escuela
 De filósofos sabios que formáron

Tanta secta, y con justos documentos
 El hombre, aun en la infancia ilumináron.
 ¡Quánta virtud moral hubiera habido
 De ménos en el mundo, á no haber sido
 Por el aprecio sumo con que mira
 El hombre su persona! A este se agrega
 El aprecio del público á que aspira;
 Sin este rara vez el otro llega
 A utilizar: en lo interior metido
 De nuestro corazon, habla al oido,
 Casi siempre en lenguaje lisonjero;
 Quando el aprecio público, al contrario,
 Sujeta nuestro mérito al severo
 Y equitativo exámen de la humana
 Sociedad. El temor de este plenario
 Juicio, de que dimana
 Si sale mal el general desprecio,
 Aviva los esfuerzos del mas necio.
 La virtud en un teatro colocada
 Tan público, alumbrada
 Por todas partes de la luz del dia,
 Ostenta sus primores á porfia.
 Y este anhelo insaciable que abrigamos
 De conseguir la estimacion agena,
 Si no procede de viciosa vena,
 ¡Por qué de todo el mundo lo ocultamos!
 ¡Por qué si un hombre honrado nos sorprehende
 En tal deseo, y vemos que se extiende

Este secreto nos avergonzamos?
 Sin duda que por un maravilloso
 Arte, este mortal cuerpo ha recibido
 La facultad de ser un cuidadoso
 Ayo que al alma misma la reprenda.
 Dios con un fin moral ha dirigido
 De nuestra sangre el círculo; ha dispuesto
 Que siempre que descienda
 El alma á envilecerse mendigando
 Los aplausos ajenos, no contenta
 Con disfrutar los propios, suba presto
 A teñir las mexillas de rosada
 Púrpura, publicando
 Al mundo espectador aquella afrenta,
 Que su nobleza dexa tan ajada.
 ¡Por qué á los otros hombres en efecto,
 Acude á sujetarse y se envilece?
 ¡No tiene en su conciencia un juez mas recto
 Y mas autorizado,
 Que segun lo merece,
 La alaba ó la reprende decontado?
 La misma vanagloria
 Que sin cesar nos hace á la memoria
 Nuestra inmortalidad, y la grandeza
 A que nos destinó naturaleza,
 En el mismo placer nos acompaña.
 El hombre nace para ser dichoso,
 Su dicha en el placer sumo consiste,

Y como este placer tan solo existe
 En Dios su último fin, si por extraña
 Torpe equivocacion, ó por vicioso
 Capricho, en otro objeto
 Que en Dios quiere encontrarlo aun quando venza
 Todo otro impedimento, su vergüenza
 El placer anhelando hace incompleto.
 Así un hijo de un Rey, que destinado
 Nació á heredar un trono poderoso,
 Si de su noble cuna se olvidase,
 Hasta un extremo tal, que adocenado
 Con la gente mas vil, se abandonase
 A un juego indecoroso,
 Dentro de su interior se correría
 Por fuerza, y la vergüenza impediría
 Que á su gusto del rato disfrutase.
 Aun en los mismos brazos del mas vivo
 Deleyte, nos persigue esta importuna
 Vanidad, y nos causa un excesivo
 Dolor. Por tanto no hay delicia alguna
 Que no cuente á millares
 Hipócritas que fingen alegría
 Sin tenerla, así como en sus altares
 Los cuentan las virtudes cada dia.
 Quieren los hombres sin avergonzarse,
 Poder de sus deleytes alabarse,
 Y así quando á su honor no corresponden,
 Cautos de todo el mundo los esconden.

Aun el mismo deleyte permitido
 Con fin honesto, que al supremo grado
 De la felicidad eleva todos
 Nuestros sentidos, no está dispensado
 De esta ley que el Criador ha establecido.
 Una vanidad justa al hombre dice,
 Que busque siempre los mejores modos,
 De ocultar con secreto impenetrable
 Aquel vivo placer, que aunque loable
 En igual ocasion, tanto desdice
 De su nobleza; y como á envilecerse
 Va en aquel lance, para que entre tanto
 Mejor pueda esconderse,
 Le presta de pudor el noble manto.
 ¡Y cuál será el motivo de esta fina
 Construccion complicada,
 De nuestros corazones, de este tacto
 Moral que en nuestra fibra delicada
 Se observa, de esta inagotable mina
 De medios prodigiosos, con exácto
 Orden á nuestro ser físico unidos
 Intimamente, y siempre prevenidos
 A dar á la virtud, si titubea,
 El eficaz socorro que desea,
 Quando ve que su guía
 La razon, la abandona ó se extravía?
 ¡Por ventura será una ilusion vana
 Esa altivez que al hombre tanto afana?

¡Toda esa multitud de estratagemas
 Que ha destinado el cielo,
 A sostener el alma en las supremas
 Regiones que á su ser son naturales,
 Quando cansada va á abatirse al suelo,
 O del rumbo equivooca las señales,
 Se aplicó sin designio á los mortales?
 ¡Y para esas pasiones, que en tumulto
 Rompen del fondo oculto
 Del corazon humano, y á porfia
 Le destrozan, no existe algun objeto
 Que sea proporcionado á su energía,
 Y pueda tener su ímpetu sujeto? (c)
 ¡O moralistas frios,*

* T. Es indudable que el hombre salió de mano de Dios, aunque inocente, dotado de estas inclinaciones naturales, que entónces, sujetas completamente á la razon, en nada se oponian á la innocencia. Sin ellas no hubiera tenido su alma movimiento ni libertad. Amaba naturalmente la felicidad; pero la colocaba en la fruicion de Dios; y este amor era justo: aborrecia el mal moral, que es el pecado; y este aborrecimiento era legitimo. Temia el mal físico, esto es, el dolor; pero con subordinacion á Dios, sin que su temo pasase de los términos debidos. Sentia deleyte en comer, v. gr. pero no terminaba este deleyte sino en Dios, de quien procedia; y tenia así este como los demas apetitos sujetos á la razon, y por consiguiente á las leyes eternas del Criador que la dirigia. Estas

Vosotros que teneis vuestros helados
 Temperamentos por segura norma
 De vuestros juicios, condenais osados
 Los naturales brios
 De estas inclinaciones, y de forma
 Tratais á estos agentes principales,
 Propios de nuestras almas inmortales,
 Que los haceis á todos delinquentes,
 Y de un impuro origen descendientes.
 Verdad es que el delito
 Del abuso nació de su apetito,
 Y nace siempre; pero no por esto
 Dexáron de salir nobles y puras,
 Dichas inclinaciones de la mano
 Del Criador. Desde aquel sublime puesto

inclinaciones, pues en sí mismas eran buenas; pero de resultas del pecado, perdió la razon sus luces y su imperio; y equivocando su verdadero destino, coloca el último fin de estas inclinaciones en objetos sensibles, ó indignos de su primitiva nobleza, olvidando á Dios, que es el único á que debieran dirigirse; y como en estos miserables objetos no hallan saciedad, se arrojan con ímpetu de unos á otros, y precipitan al hombre en los mayores delitos. A estas inclinaciones desenfrenadas despues de la primera culpa, damos el nombre de pasiones, y debemos resistir durante nuestra vida mortal, dirigiendolas á su verdadero término, que es la posesion de Dios, bien único que puede calmarlas totalmente.

Como de un océano
 De fuego, á las humanas criaturas
 Comunicó estas chispas, con intento
 De darlas el preciso movimiento.
 Sean aquí los que fueren sus errores
 Crasos, y sus indómitos furoros
 Descubro, y reconozco la grandeza
 De su primer origen, en la misma
 Desgracia que á mis ojos las abisma
 En la mayor baxeza.
 A pesar de su suerte miserable,
 Como un Rey destronado,
 Conservan algun rasgo respetable
 De su primer estado.
 Si del error que así las enagena
 Las saca la razon y las refrena,
 Su dignidad recobran decontado.
 Su ardor tan enemigo del reposo,
 Léjos de ser vicioso
 Por sí mismo, ó mostrarnos la impureza
 De su origen, indica su nobleza.
 Consiste en que á cada una su apetito,
 La arrastra como un rápido torrente,
 Hacia un bien infinito,
 En que se ha de saciar completamente.
 Quanto mas de nuestra alma penetremos
 El fondo natural, ya analizando
 De nuestra voluntad las variedades,

Ya las demas potencias registrando,
 Tanto mas claramente encontraremos
 Impreso en ella el sello prodigioso
 De la inmortalidad. Las propiedades
 Dió el cielo á cada ser en este mundo
 Precisas para hacerle venturoso.
 Por mas que en desear fuere fecundo,
 Su poder al deseo es adecuado.
 Recorre cada ser exáctamente
 Los puntos todos, del correspondiente
 Círculo á sus progresos señalado.
 Ni de estas proporciones la armonía
 Vemos que se quebranta en parte alguna,
 ¡Y ha de ser solo el hombre el infelice,
 Que esta triste excepcion deba á su cuna?
 ¡Solo él ha de apagarse al medio dia,
 Y sin que su carrera finalice!
 ¡Se ve que el sol suspenda su carrera
 Sin acabarla, y dé á la noche fiera
 Entrada, revolviendo el carro ardiente
 Otra vez á los mares del oriente?
 ¡Por qué motivo la naturaleza,
 Que muestra de una madre la terneza
 A todo otro viviente,
 Solo para la triste raza humana
 Ha de ser la madrastra mas tirana?
 ¡Y pues que tanto perfecciona y lima
 Sus mas pequeñas obras, solamente

Al hombre, que es entre ellas la obra prima,
 Ha de dexar de dar la última mano?
 ¡Y si este entre sus dedos tristemente,
 Qual aborto temprano,
 Ha de morir, sin verse en la debida
 Completa perfeccion, por qué siquiera
 No ha de acabar sin la tormenta fiera
 De tanto horror su miserable vida?
 ¡Con que ha de quedar solo una grosera
 Ceniza de aquel hombre tan sublime,
 Cuya funesta fatal el orbe gime;
 De aquel agudo ingenio que esparcia
 Por todas partes la sabiduría;
 De aquella alma celeste que brillaba
 En la tierra, y á Dios representaba?
 ¡Cómo? ¡En el punto en que este ser ilustre,
 De la deidad imágen, comenzaba
 A tener forma y explayar su lustre
 Ha de borrar la muerte su hermosura,
 Y envolverle en la eterna noche obscura,
 Hasta dexarle á nada reducido?
 ¡Quando á su sepultura
 Conducimos un héroe famoso,
 Un ingenio de todos aplaudido,
 O un hombre equitativo y generoso,
 Y á vista de sus méritos, pasmados
 Repugnamos tenerlos por mortales,
 Juzgando que son entes celestiales

A la tierra baxados,
 Será esta admiracion un sueño vano,
 Y el resplandor de su moral grandeza
 Se apagará, como un fuego liviano,
 Al polvo mismo igual en la baxeza?
 ¡O mortal, si tal es tu paradero,
 Acude á tus establos á encontrarte
 Con tus dueños, que allí hacen su morada,
 Y depon á sus plantas tu fruslero
 Cetro, y tu monarquía desastrada!
 En su presencia debes humillarte,
 Tú eres su esclavo, y ellos son tus reyes.
 Son, sin comparacion, mas entendidos
 Que tú, en todo lo que hace á los sentidos.
 Son libres; no conocen otras leyes
 Que las de su apetito. A sus pies nacen
 Sin cultivo las tiernas yerbecillas:
 No riegan con sudores lo que pacen:
 Naturaleza misma les presenta
 A la boca sedienta,
 Mil perennes y claras fuentecillas:
 Nace y crece con ellos su vestido:
 No tienen que ir á climas extrangeros,
 Despreciando los mares alterados
 A buscarlo, ó dar vuelta al extendido
 Orbe, armados y fieros,
 Por despojar los mundos ignorados
 De sus tesoros. La naturaleza

Es la que guarda toda su riqueza
 Y su dicha. Jamas han conocido,
 Por no perderlas, la precision dura
 De citar á su próximo á la obscura
 Mansion, en donde mora
 El monstruo aborrecido
 Del litigio que todo lo devora.
 Para ellos es qualquiera prado ameno
 Un paraíso de delicias lleno;
 Apenas llegan á él, quando embriagados
 De una felicidad dulce y tranquila,
 Se sacian de sus frutos sazonados:
 Ninguno está prohibido
 A sus deseos: su alegría es pura:
 Nunca en ella destila
 Sus gotas ponzoñosas la amargura:
 Quanto es este deleyte mas subido
 De punto que el que el hombre infeliz siente,
 Tanto es mas permanente.
 La libertad del hombre es peligrosa:
 El que puede escoger puede engañarse:
 No así la sensacion maravillosa
 Del instinto, que siempre es infalible.
 Nunca acontecerá que á equivocarse
 Llegue, y á algun veneno eche la mano,
 En lugar de otra cosa apetecible.
 La duda, el temor vano,
 La falaz esperanza, el sentimiento,

La desesperacion, jamas apuran
 Su corazon contento,
 Ni contra su sosiego se conjuran.
 En vano los mas sabios racionales,
 Sin cesar perseguidos de estos males,
 Se esfuerzan por lograr la paz sincera,
 La alegría que anida
 En los mas despreciables animales :
 Solos estos poseen la verdadera,
 Gustosa ciencia de la sensual vida.
 Este horizonte obscuro
 Del mal moral, que es aun mas extendido
 Que el de los males físicos,
 Pondera nuestro apuro,
 Lo habita la razon únicamente.
 Solo el hombre el don cruel ha recibido,
 De verter por sus ojos tierno llanto,
 Y no le sobran incesantemente,
 Sino ocasiones en que exercitarle.
 Los animales mucho mas dichosos,
 No sienten los pesares enojosos,
 Que ni un instante dexan de apurarle
 Mientras el mundo habita.
 La suma de las penas que padecen,
 Se reduce al dolor : quando este cesa,
 Todas se desvanecen :
 Su fantasía no los exercita
 Con la memoria de pasados males ;

Ni en lo que ha de venir los interesa,
 La triste prevision del pensamiento,
 Que no nos dexa quietos un momento,
 Y amarga nuestros gozos mas cabales,
 Y aun quando á ellos la muerte se aproxima,
 No les causa temor. No la perciben
 Sino en el mismo instante en que reciben
 Su último golpe ; si este los lastima,
 Por la primera vez, en él acaba
 Su sensibilidad ; quando al contrario
 El hombre que se alaba
 De su ciencia, y se precia temerario
 De dirigir los orbes celestiales,
 Cada dia padece mil fatales
 Tormentas, y envidioso de suerte,
 Anhela en vano su tranquila muerte.
 ¡Y será dable, ya que en esta vida
 Estemos tan cruelmente distinguidos
 De los brutos, que al fin de ella seamos
 Con ellos en el polvo confundidos,
 Y quede nuestra esencia destruida,
 Sin lograr nueva suerte en que veamos
 La injusta distincion desvanecida?
 ¡Ha de cerrar la eternidad sus puertas
 A nuestros justos fúnebres gemidos?
 Si no han de ser oidos,
 Si estas crueles sospechas salen ciertas,
 ¡Qué destino tan raro y tan tirano